

CREDO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO

Πιστεύομεν εἰς ἕνα Θεὸν
πατέρα, παντοκράτορα,
ποιητὴν οὐρανοῦ καὶ γῆς,
ὁρατῶν τε πάντων καὶ ἀορατῶν·

καὶ εἰς ἕνα κύριον Ἰησοῦν Χριστόν,
τὸν υἱὸν τοῦ Θεοῦ τὸν μονογενῆ,
τὸν ἐκ τοῦ πατρὸς γεννηθέντα
πρὸ πάντων τῶν αἰώνων,
φῶς ἐκ φωτός,
Θεὸν ἀληθινὸν ἐκ Θεοῦ ἀληθινοῦ,
γεννηθέντα, οὐ ποιηθέντα,
ὁμοούσιον τῷ πατρὶ·
δι' οὗ τὰ πάντα ἐγένετο·
τὸν δι' ἡμᾶς τοὺς ἀνθρώπους
καὶ διὰ τὴν ἡμετέραν σωτηρίαν
κατελθόντα ἐκ τῶν οὐρανῶν
καὶ σαρκωθέντα ἐκ πνεύματος ἁγίου
καὶ Μαρίας τῆς παρθένου,
καὶ ἐνανθρωπήσαντα,

σταυρωθέντα τε ὑπὲρ ἡμῶν
ἐπὶ Ποντίου Πιλάτου
καὶ παθόντα καὶ ταφέντα
καὶ ἀναστάντα τῇ τρίτῃ ἡμέρᾳ
κατὰ τὰς γραφάς,
καὶ ἀνελθόντα εἰς τοὺς οὐρανοὺς,
καὶ καθεζόμενον
ἐκ δεξιῶν τοῦ πατρὸς,
καὶ πάλιν ἐρχόμενον μετὰ δόξης
κρίναι ζῶντας καὶ νεκρούς·
οὗ τῆς βασιλείας οὐκ ἔσται τέλος·

καὶ εἰς τὸ πνεῦμα τὸ ἅγιον,
τὸ κύριον καὶ ζωοποιόν,
τὸ ἐκ τοῦ πατρὸς ἐκπορευόμενον,
τὸ σὺν πατρὶ καὶ υἱῷ
συμπροσκυνούμενον
καὶ συνδοξαζόμενον,
τὸ λαλήσαν διὰ τῶν προφητῶν.

Εἰς μίαν, ἁγίαν, καθολικὴν
καὶ ἀποστολικὴν ἐκκλησίαν.
Ὁμολογοῦμεν ἓν βάπτισμα
εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν.
Προσδοκῶμεν ἀνάστασιν νεκρῶν,
καὶ ζωὴν τοῦ μέλλοντος αἰῶνος. Ἀμήν.

*Credo in unum Deum
Patrem omnipotentem,
factorem coeli et terrae,
visibilem omnium et invisibilem.*

*Et in unum Dominum Iesum Christum
Filium Dei unigenitum
et ex Patre natum
ante omnia saecula
[Deum de Deo] Lumen de Lumine
Deum verum de Deo vero,
genitum, non factum,
consubstantialem Patri;
per quem omnia facta sunt;
qui propter nos homines
et propter nostram salutem
descendit de caelis,
et incarnatus est de Spiritu Santo
et Maria Virgine
et homo factus est;*

*crucifixus etiam pro nobis
sub Pontio Pilato
et passus et sepultus est;
et resurrexit tertia die,
secundum Scripturas
et ascendit in caelos
sedet
ad dexteram Patris;
et iterum venturus est, cum gloria,
iudicare vivos et mortuos;
cuius regni non erit finis.*

*Et in Spiritum Sanctum,
Dominum et vivificantem,
qui ex Patre Filioque procedit;
qui cum Patre et Filio
simul adoratur
et conglorificatur;
qui locutus est per Prophetas.*

*Et in unam, sanctam, catholicam
et apostolicam Ecclesiam.
Confiteor unum baptismum
in remissionem peccatorum;
et expecto resurrectionem mortuorum,
et vitam futuri saeculi. Amen.*

*Creo en un solo Dios,
Padre todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.*

*Y en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre
antes de todos los siglos:
[Dios de Dios], Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres,
y por nuestra salvación
bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;*

*y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día,
según las Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado
a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.*

*Y en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración
y gloria,
y que habló por los profetas.*

*[Creo] en la Iglesia, que es una, santa,
católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.*

EL CREDO COMENTADO POR LOS PADRES DE LA IGLESIA
y otros autores de la época patristica

5

Creo en la Iglesia
una, santa, católica y apostólica

Obra preparada por
Angelo DI BERARDINO

Editor general
Thomas C. ODEN

Versión en castellano preparada por
Juan-Antonio GIL-TAMAYO (†)

1ª edición: junio 2022

Originalmente publicado por InterVarsity Press como *We Believe in One Holy Catholic and Apostolic Church (Ancient Christian doctrine)* editado por Angelo Di Berardino. Copyright © 2010 de Institute for Classical Christian Studies (ICCS), Thomas C. Oden and Angelo Di Berardino. Traducido e impreso con el permiso de InterVarsity Press, P.O. Box 1400, Downers Grove, IL 60515, USA. www.ivpress.com

Imagen de cubierta: Andrej Rublëv, *La Trinidad*

Editor: *Aurelio Romero*

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos Orduna*

© 2022 Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-533-5
Depósito Legal: M-16.893-2022

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

Reservados todos los derechos. La reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los propietarios del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

ÍNDICE GENERAL

Introducción general	7
Guía para usar este comentario	23
Abreviaturas y siglas.....	27
Bibliografía	29
Introducción	41
<i>Creo en la Iglesia</i>	65
<i>Una santa, católica y apostólica</i>	127
<i>Confieso que hay un solo bautismo</i>	165
<i>Para el perdón de los pecados</i>	195
<i>Espero la resurrección de los muertos</i>	228
<i>Y la vida del mundo futuro: Bendición y condenación</i>	269
<i>Y la vida del mundo futuro: El retorno de Cristo, el juicio y la vida eterna</i> ..	315
Conclusión de la Serie Antigua Doctrina Cristiana	381
Esquema de contenidos	389
Autores y textos antiguos	391
Glosario de autores y obras.....	399
Índice bíblico.....	409
Índice de autores y obras antiguos	419
Índice de nombres y temas	421
Cuadro cronológico	441

INTRODUCCIÓN

¿Cuándo se fundó la Iglesia? Jesús hablaba del Reino de Dios y no de una organización religiosa que posteriormente llegó a denominarse Iglesia, dado que no encontramos en los Evangelios expresiones que se refieran a la fundación de una comunidad religiosa, una comunidad nueva y distinta de los seguidores de Jesús. Muchas parábolas (la pesca milagrosa, el sembrador, la semilla y el árbol, por ejemplo) hablan del crecimiento del reino de Dios. Jesús percibía su misión como un instrumento para la conversión del pueblo de Israel. Jesús dijo a la mujer cananea: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel»¹. Sin embargo, tras la resurrección de Jesús, sus seguidores, como consecuencia de su mandato, se dirigieron no sólo al pueblo de Israel, sino también a todos los hombres y a todas las mujeres. Antes de la ascensión, los apóstoles le preguntaron a Jesús: «“Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?”». Él les contestó: “No es cosa vuestra conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra”»².

El relato de la inauguración de esta misión universal, dirigido asimismo a los gentiles, se concreta en dos episodios cruciales: el suceso de Pedro con Cornelio y el primer viaje misionero de Pablo. A los primeros cristianos les costaba aceptar este cambio significativo de perspectiva; de hecho, *Hechos* habla de oposición y discusiones. Algunos aceptaron a los gentiles en la nueva alianza bajo la condición de que «si no os circuncidáis según la costumbre mosaica no podéis salvaros»³. El bautismo del centurión Cornelio (cf. Hch 10-11) expresa la acción de la misión universal de evangelización, ampliamente expuesta por Pedro en su predicación dirigida a la comunidad de Jerusalén. El bautismo fue administrado sin exigir la circuncisión de Cornelio y su familia. Pedro, más adelante, clarificó esta apertura universal en el concilio relatado en *Hechos* 15: «Después de una larga deliberación se levantó Pedro y les dijo: «“Hermanos, vosotros sabéis que desde los primeros días Dios me eligió entre vosotros para que por mi boca oyesen los gentiles la palabra del Evangelio y creyeran”»⁴. Cambiaron las relaciones con los gentiles, en cuanto que dejaron de ser considerados como unos impuros que habían de evitarse, y ya no se prohibía comer con ellos. Fue un momento importante y solemne la entrada de Pedro en la casa de Cornelio, quien «después de haber reunido a sus parientes y amigos más íntimos, les estaba esperando»⁵. «En el momento en que entraba Pedro, salió Cornelio a

¹ Mt 15, 24.

² Hch 1, 6-8; véanse también Mt 28, 19; Mc 16, 15; Rm 10, 18; Col 1, 23.

³ Hch 15, 1; cf. Hch 15, 5.

⁴ Hch 15, 7.

⁵ Hch 10, 24.

su encuentro y, postrándose, le adoró. Pero Pedro le incorporó diciendo: «Levántate, que también yo soy un simple hombre». Y conversando con él pasó adentro y encontró a muchas personas reunidas. Y les dijo: «Vosotros sabéis que está prohibido para un judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero Dios me ha enseñado a no llamar profano a ningún hombre»⁶. Pedro, al escuchar a Cornelio narrar su visión, exclamó: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier pueblo le es agradable todo el que le teme y obra la justicia»⁷. Pedro comprendió y expresó la voluntad de Dios, quien quiere que todas las naciones se salven, sin distinción ni preferencia; todos los pueblos pueden ser, a partir de ahora y en el futuro, miembros de la nueva alianza. Al ver que Cornelio y los demás habían recibido el Espíritu Santo, Pedro les bautizó: «¿Podrá alguien negar el agua del bautismo a estos que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?». Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedase algunos días»⁸. Pedro, a continuación, se quedó en casa de Cornelio durante varios días.

Otro suceso decisivo surgió de la actividad misionera de Pablo y Bernabé, quienes encontraron una vigorosa oposición en la comunidad de Antioquía⁹. «Se produjo entonces una conmoción y controversia no pequeña de Pablo y Bernabé contra ellos. Decidieron que Pablo y Bernabé, con algunos otros, acudieran a los apóstoles y presbíteros de Jerusalén, para tratar esta cuestión»¹⁰. Las decisiones tomadas por la reunión (concilio) de Jerusalén¹¹ facilitaron la apertura universal pero no eliminaron la oposición, la cual persistió en el siglo II, tal como lo narra Justino: «había cristianos que observaban la ley de Moisés y querían imponerla a todos; otros no daban ninguna importancia a las prescripciones rituales de la ley»¹². Vemos en los relatos en *Hechos* que los apóstoles y los ancianos reconocieron oficialmente la evangelización de los gentiles y su plena incorporación a la nueva comunidad de la nueva alianza. Esta nueva comunidad llegó a ser entonces oficialmente diferente de la precedente y se alejaba más de sus raíces judías. Lucas menciona a Pedro por última vez en el encuentro en Jerusalén; a partir de entonces, Pablo, quien continuaba la misión en medio de los gentiles, ocupa el centro de atención.

Volvamos ahora a la cuestión: ¿cuándo se fundó la Iglesia cristiana? No se puede establecer el momento preciso de su fundación. Más bien, su nacimiento fue lento y progresivo. Todas las premisas ya se dieron a partir de la muerte de Cristo, puesto que los doce se habían establecido como los primeros pilares de una comunidad. En aquel grupo, se daba una preeminencia especial a Pedro. Fueron los doce quienes tomaron parte en la Última Cena y acompañaron a Jesús en Getsemaní. Inmediatamente tras la muerte y la

⁶ Hch 10, 24-28.

⁷ Hch 10, 34-35.

⁸ Hch 10, 47-48.

⁹ Cf. Hch 15, 1.

¹⁰ Hch 15, 2.

¹¹ Cf. Hch 15, 12-35.

¹² JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 47.

resurrección de Jesús, los doce y los demás discípulos estuvieron presentes en Jerusalén junto con María; se reunieron para orar juntos y en la fracción del pan. La Iglesia, como una asamblea orante distinta de la comunidad judía, llegó a ser una entidad autónoma en el período postpascual. En algún sentido, su consagración tuvo lugar el día de Pentecostés con el descenso del Espíritu Santo. La conciencia de ser una nueva entidad, distinta de sus raíces judías, se desarrollaba lentamente en los discípulos; la nueva comunidad llegó a llamarse el Camino en los *Hechos de los Apóstoles*¹³. Pablo decía: «Yo perseguí a muerte este Camino, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres»¹⁴. El Camino era una doctrina vivida por una comunidad. Con la entrada de los gentiles en el Camino, la comunidad cristiana se abrió a un mundo nuevo y universal, sin límites de lengua o raza. El hecho de llamarse cristianos intensificó la conciencia que tenían de ser una nueva comunidad. Por lo tanto, la nueva comunidad nació y crecía como Iglesia en torno a la celebración de la Eucaristía, en la que se celebraba el memorial de Cristo y se creó la nueva identidad en el Espíritu de Cristo. La comunidad orante era la manifestación concreta y visible de la Iglesia. La comunidad cristiana, desde el comienzo, se consideraba pueblo de Dios, lo cual era una idea eficaz y poderosa para crear una identidad religiosa y social. Esta idea otorgaba también un fuerte sentido de cohesión y optimismo a la pertenencia. Sin embargo, como tal, esta idea podía entenderse en un sentido demasiado estrecho y exclusivo. En realidad, otros pueblos se consideraban también como pueblo de Dios, especialmente el pueblo de Israel, descendiente de Abrahán y elegido por Dios. Entonces, ¿en qué sentido era pueblo de Dios la comunidad cristiana? Ciertamente, no en el sentido tradicional judío, dado que la entera humanidad es de algún modo pueblo de Dios, quien envió a su Hijo para salvarla con su muerte. Aquella parte de la humanidad que constituye la Iglesia fue elegida por Dios para estar al servicio del mensaje de la salvación –del evangelio de Jesucristo– para el bien de todos, porque Dios «quiere que todos los hombres se salven»¹⁵. La salvación traída por Cristo se hacía presente en su persona, en su ministerio y, especialmente, en su muerte: Cristo «murió por todos»¹⁶; Jesús era y es «el Salvador del mundo»¹⁷; Jesús «se entregó a sí mismo en redención por todos»¹⁸. La Iglesia tiene la obligación de procurar que «toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!»¹⁹, para así efectuar la «reconciliación del mundo»²⁰. «Pues no hay distinción entre judío y griego; porque uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que le invocan. Porque todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. ¿Pero cómo invocarán a Aquel en quien no creyeron? ¿O cómo creerán, si no oyeron hablar de él? ¿Y cómo oirán sin alguien que predique?

¹³ Cf. Hch 9, 2; 19, 9.23; 22, 4; 24, 22.

¹⁴ Hch 22, 4; 24, 22.

¹⁵ 1 Tm 2, 4.

¹⁶ 2 Co 5, 15.

¹⁷ Jn 4, 42; 12, 47; 5, 36; 12, 32; 1 Jn 4, 14.

¹⁸ 1 Tm 2, 6.

¹⁹ Flp 2, 11.

²⁰ Rm 11, 15.

¿Y cómo predicarán, si no hay enviados? Según está escrito: “¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Nueva!”²¹.

Quien predica el Evangelio se compromete a servir a Jesucristo en favor de toda la humanidad; aquella persona es un ministro (esta palabra proviene del latín *minus*, que significa «inferior para el servicio»); todos los cristianos están al servicio del Evangelio porque traen, mediante la Palabra de Dios y los sacramentos, salvación para sí mismos y para los demás. No obstante, según el mandato de Jesús, hay formas específicas de ministerio: obispos, presbíteros, diáconos y otros ministerios están al servicio del plan que Dios tiene para la humanidad. Han de ser instrumentos del amor de Dios en este mundo, para la salvación de todos aquellos que creen y aman, para comunicar los dones de Dios a todos los hombres. Las comunidades cristianas, inspiradas por el Espíritu Santo, no viven en el caos. Necesitan algún tipo de orden y estructura. Agustín nos exhorta a aceptar este ministerio: «Si la Iglesia te pide servicios, no accedas a esta petición con el deseo de obtener éxito, ni rechazarla movido por ociosidad placentera. Más bien, obedece a Dios con simplicidad de corazón, sometiéndote humildemente a aquel quien te dirige. Tampoco prefieras tu pacífica vida de ocio a las necesidades de la Iglesia. Si no hubiese personas para servir a la Iglesia, quien te engendró, tampoco habrías encontrado camino para nacer»²². «El mejor servidor tuyo es aquel que no se empeña en oír de ti lo que a él le gusta, sino el que está dispuesto a querer lo que tú le digas»²³.

El Credo niceno-constantinopolitano y la Iglesia

En el Credo niceno-constantinopolitano, tras profesar la fe cristiana acerca del Dios Padre, de su obra en nuestro Señor Jesucristo y su vida, y del Espíritu Santo y su santificación, decimos que creemos «en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica». Los cristianos profesan la fe en la Iglesia. ¿Qué significa esto? ¿Creemos en la Iglesia del mismo modo que creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo? La traducción castellana es de algún modo confusa y podría interpretarse mal, ya que en latín decimos *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem ... Et in unum Dominum Iesum Christum ... Et in Spiritum Sanctum ... Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam*. Creemos en las Personas divinas, pero el texto latino no incluye «in» antes de Iglesia. Cuando decimos que creemos «en Dios, Padre ... en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, ... en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida», profesamos la obra de salvación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ponemos nuestra confianza y fe en Dios; confiamos en él y nos comprometemos con él, como nuestra roca y esperanza. Sin embargo, no creemos en la Iglesia del mismo modo que creemos en Dios, porque no podemos comprometernos con una institución, como es la Iglesia, que es una obra creada por Dios.

La palabra *iglesia* tiene dos significados principales para nosotros: un edificio especial o una comunidad de creyentes. El edificio puede ser muy antiguo o relativamente nuevo,

²¹ Rm 10, 12-15.

²² AGUSTÍN, *Carta*, 48, 2.

²³ AGUSTÍN, *Confesiones*, 10, 26, 37 (BPa 60, 357).

una catedral pequeña o grande, donde las personas van a encontrarse con los demás miembros de la misma fe o a pasar ratos de paz y diálogo con Dios. En Europa y en muchos otros países, el edificio de la iglesia solía constituir el corazón de la población; marcaba las vidas y la historia de cada componente de la sociedad. Este panorama ha cambiado en las sociedades cristianas en Occidente; otros edificios compiten por nuestra atención y la expresión de la fe cristiana es cada vez más personal e íntima. No hablaremos de la iglesia como un edificio material, construido con piedras, cemento, madera o cristales, con puertas y ventanas. Hablaremos de la iglesia como un edificio construido con piedras vivas, creyentes, que son el templo de Dios, la asamblea del pueblo de Dios²⁴ al servicio de Dios y de toda la humanidad en nombre de Jesucristo. Nuestra profesión de fe, el Credo, versa sobre aquel edificio espiritual, místico y universal.

El Credo es una síntesis de la revelación de la acción salvadora del Dios Trino en favor de la humanidad (creación, redención, santificación); pero, estas verdades cristianas, aunque sean reveladas, están más allá de la plena comprensión humana y permanecen como misterios que pueden ser creídos e investigados. La Iglesia, por lo tanto, está bajo la economía de salvación, como otras obras divinas; es también un misterio. No es una institución exclusivamente humana, sino que se incluye en el plan de Dios para la salvación de la humanidad. ¿Cuándo y por qué se incluyó la expresión «creo en la Iglesia» en las fórmulas de la fe?

La parte final de la profesión de la fe se desarrolló después de la confesión de Dios Padre y de Cristo el Salvador. Después de mencionar al Espíritu Santo, el Credo habla de la Iglesia, del bautismo, de la resurrección y de la vida eterna. La expresión se introdujo en el siglo II, ya que en el siglo III ya se hacía común en las fórmulas bautismales. La introducción de la referencia a la Iglesia parecía ser una reacción contraria y una oposición a las sectas gnósticas que profesaron un conocimiento superior y secreto. Al contrario, la gran Iglesia enseñaba la visibilidad de la comunidad de creyentes y la autenticidad de la enseñanza de Jesús por la sucesión episcopal verificable históricamente. No existía ninguna enseñanza secreta que no hubiera de manifestarse a todos. Ireneo de Lyon escribe: «En efecto, en la Iglesia Dios puso apóstoles, profetas, doctores²⁵, y todos los otros efectos del Espíritu. De este no participan quienes no se unen a la Iglesia, sino que se privan a sí mismos de la vida por su mala doctrina y pésima conducta. Pues donde está la Iglesia ahí se encuentra el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios ahí está la Iglesia y toda la gracia, ya que el Espíritu es la verdad. Pues, se ha dicho que Dios ha puesto en la Iglesia apóstoles, profetas y maestros, y los demás medios por los que obra el Espíritu; de estos medios no participan aquellos que no se adhieren a la Iglesia, sino que estafan la vida con sus opiniones perversas y conducta infame. Donde está la Iglesia,

²⁴ Diversos pueblos a lo largo de la historia se consideraban pueblo de Dios. Los cristianos son el pueblo de Dios, porque se comprometen a «las implicaciones evangélicas del servicio de Jesucristo para toda la humanidad» (G. M. NEWLANDS, *The Church of God* [Basingstoke, U.K.: Marshall, Morgan and Scott, 1984], p. 4).

²⁵ Véase 1 Co 12, 28.

CREO EN LA IGLESIA
UNA, SANTA, CATÓLICA
Y APOSTÓLICA

Texto, comentarios y notas

CREO EN LA IGLESIA QUE ES UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA

La Iglesia

Εἰς μίαν, ἁγίαν, καθολικὴν
καὶ ἀποστολικὴν ἐκκλησίαν.

Ὁμολογοῦμεν ἓν βάπτισμα

εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν.

Προσδοκῶμεν ἀνάστασιν νεκρῶν,

καὶ ζωὴν τοῦ μέλλοντος αἰῶνος. Ἀμήν.

Et in unam, sanctam, catholicam et
apostolicam Ecclesiam.

Confiteor unum baptisma

in remissionem peccatorum;

et expecto resurrectionem mortuorum,

et vitam futuri saeculi. Amen.

[Creo] en la Iglesia, que es una, santa,
católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.

Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.

CONTEXTO HISTÓRICO: En nuestra profesión de fe proclamamos: «Creemos que... la Iglesia» (*et... Ecclesiam*). Rufino explica por qué en latín decimos «creemos que la Iglesia» y no creemos «en la iglesia». Él escribe:

«Hay que creer la Iglesia, no como si fuera Dios, sino como Iglesia congregada por Dios. Así se debe creer “el perdón de los pecados”, y “la resurrección de la carne”, no “en la resurrección de la carne”. Así, mediante esta preposición monosilábica se distingue al Creador de las criaturas, y lo divino se separa de lo humano»¹.

La comprensión de los Padres sobre el significado y la naturaleza de la Iglesia está basada en la Escritura, especialmente en el Nuevo Testamento. Las fuertes imágenes de Pablo apoyan su explicación: la comunidad cristiana como el cuerpo de Cristo, como su esposa, como madre. Porque ella es una esposa, ella puede generar hijos e hijas para el Padre. Pablo, al describir la naturaleza de la comunidad cristiana, introduce la imagen de la Iglesia como el cuerpo de Cristo² y lo expone en las cartas pastorales³. Cristo

es la cabeza de ese cuerpo: «él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia... Ahora me alegro en mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en

¹ RUFINO DE AQUILEYA, *Explicación del Símbolo*, 34 (BP a 56, 98). Con otras palabras, creemos en Dios y las cosas divinas. No creemos en las cosas humanas; simplemente las creemos. ² 1 Co 12, 27-31: «Vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno un miembro suyo. Y Dios los dispuso así en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores, luego el poder de obrar milagros, después el don de curaciones, de asistencia a los necesitados, de gobierno, de diversidad de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿O todos profetas? ¿O todos doctores? ¿O todos tienen poder de obrar milagros? ¿Tienen todos don de curación? ¿O hablan todos lenguas? ¿O todos tienen don de interpretación? Aspirad a los carismas mejores. Sin embargo, todavía os voy a mostrar un camino más excelente». ³ Ef 5, 23.29-32: «Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, del cual Él es el salvador... Pues nadie aborrece nunca su propia carne, sino que la alimenta y la cuida, como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Gran misterio es este, pero yo lo digo en relación a Cristo y a la Iglesia».

beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia»⁴. Hay una identificación mística entre los creyentes y Cristo, como se evidencia en la conversión de Pablo: «Pero mientras se dirigía allí, al acercarse a Damasco, de repente le envolvió de resplandor una luz del cielo. Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Respondió: “¿Quién eres tú, Señor?”. Y él: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”»⁵.

Pertenecer a Cristo, tener una relación personal con él, tener unión con él, implica el resultado de la unión con otros creyentes. «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? . . . En cambio, el que se une al Señor se hace un solo espíritu con él»⁶. Los individuos están unidos por la misma fe y amor en Cristo: «Así nosotros, que somos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos miembros los unos de los otros»⁷. Según Pablo, los creyentes son miembros de un cuerpo y están conectados entre sí, realizando diferentes funciones. No es sólo una unidad visible, una sociedad con todos los miembros en armonía; la unidad es de un orden superior. No es sólo una unidad social o moral, sino un cuerpo místico. «Místico» no significa algo extraño u oculto; significa que Cristo se une, guía, ata, nos ensambla consigo mismo. Es una realidad que no es obvia para nuestra inteligencia y está más allá de nuestros sentidos e implica una unión especial de todos los miembros con Cristo, que es la cabeza. Juan usa la imagen de la vid y de los sarmientos:

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí es arrojado fuera,

como los sarmientos, y se seca; luego los recogen, los arrojan al fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os concederá. En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis discípulos míos»⁸.

Los miembros están unidos por la fe, el amor y los sacramentos a Cristo, que nos da sus dones: «Y sin mantenerse unido a la cabeza, de la cual todo el cuerpo, alimentado y trabado por medio de articulaciones y juntas, crece con el crecimiento de Dios»⁹. En la fuerza de esta unión la Iglesia es la plenitud o complemento (*plerôma*) de Cristo: el Padre «todo lo sometió bajo sus pies y a él lo constituyó cabeza de todas las cosas en favor de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de quien llena todo en todas las cosas»¹⁰. Forma un todo con él: «Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo»¹¹. Este cuerpo se nutre de la Eucaristía: «Puesto que el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo, porque todos participamos de un solo pan»¹².

La Iglesia visible es una agrupación humana compuesta con sombras y manchas. Todavía no somos «hombres espirituales, sino... hombres de carne... niños en Cristo»¹³. Pero la Iglesia es más que eso. Es el signo visible de la presencia del reino de Dios entre los seres humanos, sostenido por la esperanza, cuya alma es

⁴ Col 1, 18.24. ⁵ Hch 9, 3-5. ⁶ 1 Co 6, 15.17.

⁷ Rm 12, 5. ⁸ Jn 15, 5-8. ⁹ Col 2, 19. ¹⁰ Ef 1, 22-23. ¹¹ 1 Co 12, 12. ¹² 1 Co 10, 17. ¹³ 1 Co 3, 1.

el Espíritu Santo. Agustín describió el papel del Espíritu Santo en el cuerpo místico de Cristo¹⁴.

En el pensamiento de los Padres, tanto la Eucaristía como la Iglesia son *corpus Christi*. Agustín reúne las dos imágenes en la misma expresión¹⁵. Existe una continuidad concreta y real entre Cristo, la cabeza y la comunidad cristiana, la Iglesia: las dos constituyen un solo cuerpo. Esta conexión se expresa simbólicamente en la Eucaristía. Otras expresiones similares transmiten la misma doctrina: así como la Iglesia consagra el pan y el vino, así la participación en la Eucaristía consagra a los que la reciben. Uno se vuelve parte del cuerpo de Cristo a través del bautismo, un nuevo nacimiento¹⁶. Agustín distingue precisamente la Iglesia, el cuerpo de Cristo y la ciudad de Dios de la iglesia visible que está contenida dentro de los límites del espacio geográfico y del tiempo histórico. La Iglesia en el tiempo sigue siendo un *corpus permixtum*; por ello él ora para el perdón de los pecados¹⁷. La Iglesia aquí abajo no está compuesta sólo de santos, como querían los rigoristas (por ejemplo, Novaciano), sino también de pecadores. Se identifica sólo parcialmente con el reino de Dios, pero todavía está en camino; es el camino, pero es también el medio, visible e invisible; vive en el tiempo, pero también es eterna, pecadora y santa. El símbolo de la luna expresa esta ambivalencia de la Iglesia. La luna recibe luz del sol, pero cambia continuamente en esta vida con la esperanza de ser la «luna perfecta para la eternidad»¹⁸.

La iglesia nació en la cruz: «Salió sangre y agua»¹⁹, que es la iglesia de Cristo, y está edificada sobre él, así como la esposa de Adán fue tomada de su costado.

La costilla de Adán era su esposa, y la sangre de nuestro Señor, su Iglesia. De la costilla de Adán vino la muerte, y de la costilla de nuestro Señor, la vida. El olivo es el símbolo de Cristo, porque él es un manantial de leche, agua y aceite; leche para los niños, agua para los jóvenes y aceite para los enfermos. Del mismo modo, el Olivo dio también a estos agua y sangre en su muerte, y dio aceite en o para su muerte²⁰.

PRESENTACIÓN: Algunos Padres hablan de la preexistencia de la Iglesia (HERMAS). Esto implica que la Iglesia es un misterio y más de lo que se ve por los ojos. La Iglesia tiene su existencia antes del principio de los tiempos; es algo antiguo (IGNACIO, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA). Existe desde el tiempo de Abel (AGUSTÍN) y luego se manifiesta en la carne de Cristo (Ps.-CLEMENTE). Sin embargo, su creación precede a todo lo demás (HERMAS, ORÍGENES). La gente que vivió justamente antes del tiempo de Cristo pertenecen a la Iglesia como miembros de la Iglesia espiritual (JUSTINO, AGUSTÍN, LEÓN). La ley antigua predijo las características de la Iglesia en figura y sombra. La Iglesia, a su vez, representa la nueva dispensación que aún está por llegar (METODIO). Fue previamente designada por muchas figuras y misterios ocultos (CESÁREO). Concretamente, la existencia

¹⁴ Cf. AGUSTÍN, *Sermón*, 267, 4 (PL 28, 1231).

¹⁵ Cf. AGUSTÍN, *Sermón*, 277, 1. ¹⁶ Cf. AGUSTÍN, *Sobre el bautismo*, 3, 4, 8. ¹⁷ Cf. AGUSTÍN, *Sobre la continencia*, 25; ID., *Sermón*, 47, 6; HIPÓLITO, *Elenchos*, 9, 7. ¹⁸ AGUSTÍN, *Exp. de los salmos*, 88, 32; ID., *Carta*, 55, 10; cf. Sal 89, 37. ¹⁹ Jn 19, 34. ²⁰ Cf. R. MURRAY, *Symbols of Church and Kingdom: A Study in Early Syriac Tradition*, 1975, Reprint, Cambridge: Cambridge University Press 2006, p. 125.

de la Iglesia es la consecuencia de acontecimientos históricos y de decisiones tomadas por personas en momentos particulares de la historia humana (ORÍGENES, AGUSTÍN). Pero desde una perspectiva teológica viene de la voluntad eterna del Padre para la salvación, que se manifiesta en la historia (IRENEO). Las cartas de Pablo explican este concepto cuando hablan de la elección eterna en Cristo antes de la creación del mundo²¹: «El misterio que durante siglos estuvo escondido en Dios, Creador de todas las cosas, para dar a conocer ahora a los principados y a las potestades en los cielos las múltiples formas de la sabiduría de Dios, por medio de la Iglesia»²²; «El misterio que estuvo escondido durante siglos y generaciones y que ahora ha sido manifestado a sus santos»²³ (AGUSTÍN). Esta es la Iglesia universal, la única Iglesia de Cristo, que existe y coexiste en las iglesias particulares. Esta Iglesia subsiste a todas las generaciones venideras (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA). Cristo, un hombre completo y perfecto, es a la vez cabeza y cuerpo de esta Iglesia, de la Iglesia local aquí y allá y de la Iglesia en todo el mundo (AGUSTÍN).

Los Padres no discuten la eclesiología como sujeto formal. En cambio, describen a la Iglesia como una asamblea viviente de fieles convocados por el Señor. Utilizan muchas imágenes para expresar los diferentes aspectos de esa asamblea. Estas imágenes transmiten la idea del misterio de la Iglesia, que es más que una institución o una sociedad visible. El estudio sociológico de la Iglesia no comprende su vida y espíritu internos. El lenguaje de muchas imágenes, por el contrario, muestra los matices de la complejidad de la Iglesia. Ninguna de las imágenes, en cuanto tales, puede transmitir la

idea completa de la naturaleza esencial de la Iglesia. Algunas personalidades y cosas bíblicas son símbolos de la Iglesia, muchas de las cuales están prometidas y prefiguradas en el Antiguo Testamento y encuentran su cumplimiento en el Nuevo (AGUSTÍN): Eva, Sara, Rebeca, el arca de Noé, paloma, campo, templo, torre y luna. La Iglesia, como el arca de Noé, proporciona refugio y salvación (TERTULIANO, LACTANCIO, CIPRIANO, AGUSTÍN). Es un jardín cerrado y una fuente sellada (FIRMILIANO), el tabernáculo construido por Moisés (EFRÉN), el templo espiritual de Dios (CIPRIANO, ORÍGENES, LACTANCIO, CRISÓSTOMO), una torre espiritual construida de piedras (HERMAS) y fundada en el Roca (VICTORINO). Es la fuente de la verdad (LACTANCIO), la casa de Dios (DÍDIMO, AGUSTÍN), una viña que produce tantos santos como brotes (GREGORIO MAGNO). La Iglesia es la vestidura resplandeciente que Rebeca presentó a su hijo Jacob (AMBROSIO) o es la ciudad del Dios viviente. Los maestros de la Iglesia echaron fuera y mataron a los «que hacen iniquidad» (ORÍGENES). La Iglesia es la columna del mundo (CRISÓSTOMO). Es la reina con ropa bordada en oro, adornado con diversos colores (PACIANO). La reina de Sabá era un tipo de la Iglesia. María Magdalena fue la primera en llegar a la tumba y, al igual que la Iglesia, trajo a Simón Pedro las buenas nuevas y le dijo lo que había visto: que nuestro Señor se había levantado y resucitado (EFRÉN).

En las cartas pastorales de Pablo encontramos la palabra *ekklesia* («Iglesia») expresada como el cuerpo de Cristo, que

²¹ Cf. Ef 1, 3-14. ²² Ef 3, 9-10. ²³ Col 1, 26.